

MIENTRAS LLUEVE BAJO LOS GUAYABOS

Aminta Limón Blanco

Cuento

Recibido el 14 de junio de 2023. Aceptado el 26 de agosto de 2023. Publicado el 15 de diciembre de 2023.

En una esplendorosa mañana de verano, después de aguaceros, lluvias y neblina, el sol aparece como un regalo, como una invitación a salir y disfrutar del nuevo día.

En un pueblito de las altas montañas, rico y floreciente, vive Gabriel, que aquel día se había levantado poco antes de las seis de la mañana y que se estaba preparando para comenzar su gran aventura.

Se asoma por la ventana y mira las hileras de árboles de guayabos en plena floración, con sus recios y bruñidos troncos, que muy pronto con el aroma de sus frutos perfumará el ambiente.

El verano puede ser abrasador aún después de que el sol se ha puesto detrás de las montañas, pero a esta hora el tiempo es muy agradable y Gabriel se da prisa para vestirse, se coloca sobre el pantalón de mezclilla, sus chaparreras de piel de cabra, su chaleco y las botas, de su espalda cuelga un sombrero vaquero y sale en busca de Bandido, su brioso caballo, compañero de mil cabalgatas.

- ¡Vamos amigo, levántate! ¿No querías hacerlo? ¿Pues, qué esperas? ¡Ha llegado el momento, hoy es el gran día! Cabalgaremos hasta encontrar a la manada en la extensa llanura.

Bandido levanta su pequeña cabeza de frente muy ancha y lo contempla con sus grandes ojos vivos y expresivos, la cara se le ilumina al verlo y mueve sus pequeñas orejas saludándolo.

-Acércate que voy a prepararte- le dice suavemente Gabriel y, diciendo esto, le coloca las correas de acción, la montura de búfalo forrada de suave lana, los estribos y el apero ecuestre.





Bandido impacta por su elegancia, su pelo blanco evanescente en beige brilla con la suave luz del amanecer, por naturaleza es manso y afectuoso, de mirada llamativa y de espíritu orgulloso.

Gabriel sabe que la comunicación es contacto y cercanía, acaricia suavemente el lomo de Bandido dándole seguridad y confianza.

- Bueno, llegó la hora - se cala el sombrero y atando a la silla su lazo y su arreo, apoya el pie en el estribo y se monta en Bandido.

La mirada de Gabriel revela su carácter fuerte y sereno, y al dejar su pueblo atrás sonríe complacido, su deseo por llegar le hace apurar al caballo:

- ¡Ea, corre, vamos! - y su sonrisa se hacía más radiante cuanto más avanzaban colina abajo.

Los músculos del animal son fuertes y musculosos y sus largas piernas cabalgan con fuerza y vitalidad, y cuando corre da la sensación de que flotara en el aire por la elegancia de su galope.

Son las doce de la mañana y el sol cae a plomo. Gabriel se consideraría afortunado si llegara a encontrar a la manada y pudiera atrapar al potrillo blanco que hace días vio pastando.

Pasando mil fatigas llegan a un cristalino arroyo, éste se apea de Bandido, para que ambos puedan saciar su sed y refrescarse con el agua fresca.

De pronto, se detiene, siente en su pecho el fuerte latir de su corazón, ahí, frente a él, del otro lado del arroyo, está la manada y junto a una hermosa yegua baya, el potrillo blanco juega persiguiendo a una mariposa que con su armonioso vuelo atrae su atención.

- ¡Mira, Bandido! - y sosteniendo con fuerza las riendas se paran a contemplar al potrillo que juega cerca de su madre.

Finalmente, Gabriel se acerca al potrillo que quiere domar, saca su lazo y su garrucha y está listo para atraparlo, sólo tendrá que agarrarlo por una pata trasera, derribarlo, montarse en él y atar el lazo a su cuello y el potrillo será suyo.

De repente, siente, como si fuera uno de ellos, un potrillo que pasta quieto en la manada y ya no es capaz de hacerlo.

- ¿Sabes? - le dice a Bandido -, no puedo hacerlo, me siento satisfecho de dejarlo vivir en paz, los caballos salvajes son felices a su manera y mi único deseo es que lo sigan siendo.

Bandido le muestra el recto perfil como si apuntara a casa y Gabriel lo mira complacido, estrechándose aún más el vínculo de amor entre el caballo y el jinete.

Avanza la tarde oscurecida por nubes bajas, ha terminado la aventura y cabalgando, por un sinuoso camino que bordea las montañas, emprende el camino de regreso a casa.

Se pone el sol entre las nubes que amenazan agua, cuando los nubarrones iban siendo cada vez más negros, y allá, tras las montañas relampagueaba, los dos llegan a casa.

Solo se oía el silbido del viento y el repiquetear de las gotas de lluvia contra los tejados de las casas, mientras llueve bajo los guayabos.

